

NICOLÁS Y LAS HIJAS DEL POBRE

2º-3º



1. Es - pe - ra - mos muy con - ten - tos ya la lle - ga - da de San Ni - co - lás.
2. El za - pa - to co - lo - ca - do es tá, es - pe - ran - do a San Ni - co - las.
3. Can - tos, ins - tru - men - tos so - na - rán re - ci - bien - di a San Ni - co - lás.
4. Muy a - ten - tos se po drá es - cu - char los con - se - jos de San Ni - co - lás.
5. En la fies - ta se me - ren - da - rá fru - tos, fru - tas que trae Ni - co - lás.



1. 2. 3. 4. Can - ta, can - ta a San Ni - co - lás, el seis de di - ciem - bre
5. Gra - cias, gra - cias a San Ni - co - las por que - rer - nos siem - pre



lo ve - rás, por la puer - ta de la ca - sa, en - trar.
ob - se - quiar con su sa - bia o - bra de bon - dad. _____

<https://ideaswaldorf.com/canta-a-san-nicolas/>

En la ciudad donde vivía Nicolás, vivía un caballero que, sin culpa propia, había caído en una gran pobreza. Antes, había tenido un próspero negocio de grano. Pero en un solo día, todos sus barcos se hundieron en el mar durante una terrible tormenta. Así, el caballero se vio privado de toda su fortuna de la noche a la mañana. Ahora se ganaba la vida con dificultad junto a sus tres hijas. A veces en la casa reinaba una profunda desesperación, porque apenas tenían suficiente para comer. Y las preocupaciones del caballero solo aumentaban. ¿Cómo iba a conseguir alguna vez una dote para ellas?

Y sin ajuar o dote, seguramente nadie querría casarse con sus hijas.

Las tres muchachas sabían bien por qué su padre estaba tan preocupado y tan abatido. Pero, ¿cómo podrían ayudarle? Un día discutieron la situación entre ellas, y la hija mayor les contó a las otras:

—He oído que a veces algunas chicas se han dejado vender en el mercado de esclavos. Así reunían dinero para que otros miembros de la familia a los que querían pudieran seguir con vida. Aquí en casa la necesidad es ya tan grande que pienso: debo hacer eso ahora para ayudar a nuestro querido padre. En cuanto se presente la oportunidad, dejaré la casa en secreto y me ofreceré en el mercado de esclavos. Seguro que valgo cien ducados, pues he aprendido a cocer y coser y además creo que soy lo suficientemente guapa para gustar a los compradores.

Inmediatamente, las hermanas menores exclamaron llenas de horror:

—¡No! ¡Jamás debes hacer algo así! ¡Eres la niña mimada de papá y también la que mejor puede consolarle! Precisamente ahora no debes abandonarlo. Si tiene que ser, deja que una de nosotras vaya y se venda como esclava. Ciertamente no cocinamos tan bien como tú ni somos tan guapas, pero ya se encontrará un comprador para nosotras.

—Sois casi unas niñas —respondió la mayor—. Podéis quitaros esa idea de la cabeza.

—¡No somos mucho más jóvenes que tú! Y en unos años seremos lo suficientemente mayores.

La conversación duró mucho tiempo, pues ninguna hermana quería dejar marchar a la otra. Finalmente, se abrazaron llorando y se prometieron mutuamente consultar primero en conjunto, en cualquier caso, lo que pensaban hacer por su padre.

En la ciudad, la gente hablaba de la necesidad del caballero y sus tres hijas, y así fue como Nicolás se enteró. Pensó en cómo podría ayudar a estas personas. No era apropiado ofrecerles simplemente dinero; pues era una familia distinguida que seguramente no aceptaría tal regalo. Y sin embargo, tenía que encontrarse una manera de ayudarles; porque presentía que las tres hijas, en su necesidad, podrían un día hacer cosas que quizás las meterían en un gran peligro.

Finalmente, decidió ayudarlos en secreto, como ya había hecho con muchas personas. Hasta ahora, siempre había logrado permanecer sin ser reconocido. Esta vez también tenía que salir bien.

En una fría y clara noche de diciembre, llevó a cabo su plan. Por las calles silenciosas, se escabulló con cuidado junto a las casas. Estaba completamente seguro de que su ama de llaves no lo había oído salir; porque ella no debía saber nada de esto. Por fin, Nicolás llegó a la casa del caballero pobre. Parecía bastante deteriorada. A través de una ventana entreabierta se filtraba un tenue haz de luz. Nicolás se acercó a la ventana y se puso de puntillas para mirar dentro. Allí estaba sentado el caballero, con una luz tenue, frente a la apagada chimenea. Las lágrimas corrían por sus demacradas mejillas.

Nicolás metió la mano en su bolsillo y sacó una bolsa repleta de monedas de oro. Rápidamente la lanzó a través de la ventana entreabierta y luego se escabulló rápidamente. El traqueteo y tintineo de la bolsa al caer hicieron que el caballero se sobresaltara. Se inclinó y miró con asombro incrédulo la bolsa que estaba en el suelo, con todas las monedas de oro esparcidas a su alrededor. Se frotó los ojos. Pero cuando volvió a mirar, la bolsa con las monedas de oro seguía allí. No era un sueño.

—Buen Dios —suspiró lleno de gratitud—, ¡al fin has escuchado mi oración!

Cuando poco a poco se recuperó de su susto, llamó a sus hijas:

—¡Venid rápido, hijas, venid y ved qué regalo hemos recibido del cielo!

Las muchachas acudieron excitadas y abrazaron a su padre, pues reconocieron que su necesidad había terminado. Y empezaron a pensar cómo podrían usar mejor este dinero. Por supuesto, primero querían tener suficiente para comer. Luego necesitaban ropa nueva, y quizás incluso alcanzaría para una dote. Pero el padre les hizo ver que el dinero no era suficiente para todas esas cosas. Aun así, decidieron que, una vez pagado lo más imprescindible, apartarían una parte del dinero para la que se casara primero.

Nicolás llegó sano y salvo y sin ser visto a su propia casa y se fue a descansar hasta la mañana siguiente. Entonces recordó de nuevo la acción de la noche anterior. A la luz de la mañana, tuvo la sensación de que debería haber hecho más.

—*La riqueza de Dios es infinitamente grande* —pensó, y decidió hacer otra visita nocturna a la casa del caballero al día siguiente. Y así fue; y lanzó otra bolsa con monedas de oro al caballero y se marchó rápidamente, sin esperar a ver el efecto de su regalo.

—*¡Todavía no es suficiente!* —decidió al día siguiente, mientras reflexionaba sobre lo que había hecho. Ahora quería asegurarse de que cada una de las tres hijas tuviera suficiente para poder casarse y también de que la familia pudiera vivir en el futuro sin preocupaciones.

Hacia medianoche, emprendió una vez más el camino hacia la casa del caballero. Cuando miró por la ventana iluminada, vio al caballero sentado a la mesa. Esta vez, su rostro ya no parecía tan lleno de preocupaciones. Rápidamente, Nicolás sacó su bolsa y quiso lanzarla a la habitación. Pero esta vez no había prestado atención a la reja de la ventana y por eso su manga de la capa se enganchó. El caballero, que había oído el ruido en la ventana, se acercó de un salto y le agarró de la capa.

—*¿Quién sois?* —preguntó a la figura a la que no podía ver en la oscuridad del exterior.

—*¡Oh, por favor, dejadme ir y no hagáis más preguntas!* —rogó Nicolás.

—*Habéis recibido lo necesario para ayudaros en vuestra necesidad. Mi ruego y mi condición ahora son que nunca intentéis averiguar quién soy y de dónde viene el regalo.*

Con un movimiento rápido, Nicolás se liberó de su capa y desapareció en la oscura noche. Así llevó a buen término su ayuda para el caballero. Este, gracias a la donación de Nicolás, pudo comenzar de nuevo un pequeño comercio de grano, a través del cual él y su familia volvieron gradualmente a la prosperidad.

<https://ideaswaldorf.com/canta-a-san-nicolas/>

Aportación de IdeasWaldorf